

Javier García Rodríguez, *Andarse por las tramas: literatura y series de televisión*, León, Eolas & Menoslobos (Editores Descabezados), 2022, 99 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).
DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.955-958>.

Entre un fragmento del poema “Belleza” de Luis Eduardo Aute y el reencuentro de *Friends* del jueves 27 de mayo de 2021 en HBO Max transcurre el último ensayo de Javier García Rodríguez: *Andarse por las tramas. Literatura y series de televisión*. Un tema de actualidad y de polémica, las series de televisión, es abordado desde una perspectiva personalísima y original, que hace de este ensayo una lectura que pone la ficción al servicio de la teoría literaria y desafía hasta el final con la competencia cultural del lector.

Andarse por las tramas: literatura y series de televisión se inscribe perfectamente en el corpus de García Rodríguez, aficionado a los juegos de palabras, con libros como *Literatura con Paradiña (Delirio, 2017)*, *En realidad, ficciones (Septem, 2017)* o *Barra americana (Delirio, 2013)* y artículos como “2020: el año que vivimos teóricamente” (*Ínsula, 2021*) o “Lyrica® (patología y tratamiento)” (*Actio Nova, 2016*). El profesor de la Universidad de Oviedo continúa fiel a su estilo desenfadado pero fieramente reflexivo, en el que, al estilo de Susan Sontag, la anécdota personal es la excusa perfecta para la reflexión teórica. Pasa de Parres a Harvard y de Woody Allen a Maiakovski, y reivindica la Teoría frente a la ácida crítica de Harold Bloom.

Comienza García Rodríguez advirtiendo que el suyo no es un tratado o monografía académica al uso sobre las series de televisión –tarea que ya han acometido con éxito diversos autores como Vicente Luis Mora, Concepción Cascajosa o Alberto Santamaría– sino un ahondamiento en la estética: “Hay una belleza en la inflación de series [...] en su logro de haberse convertido en campo de estudio, en área de especulación teórica, en campo de batalla y de negocio” (pp. 12-13). En este primer capítulo están las polémicas por las cancelaciones de las producciones que apenas han echado a andar en las plataformas de *streaming*, el agrado en la repetición de fórmulas narrativas en la pantalla y, en definitiva, el propósito del libro: el estudio de las series como artefacto intelectual y no

meramente como objeto de entretenimiento. Ya hablaba el viejo Aristóteles en su *Poética* del agrado por aprender algo ya sabido, y el Estagirita resurge hacia el final, cuando Moe recuerda que, igual que le valió a él, también a los Simpson les sirve una “clásica historia en tres actos” (p. 91).

Hay una orientación crítica que cabe entender como recepcionista. En relación con el concepto de “poliacrosis” (audiencia plural y diversa) aplicado por Tomás Albaladejo a la Retórica Cultural, el autor plantea al “seriespectador” (p. 21) como un individuo que, si bien es generalmente pasivo –matizando las escasas ocasiones en que el productor le confiere mando en plaza para decidir el rumbo de la historia y, cabría añadir, el simultáneo comentario en redes sociales, la doble pantalla– es requerido por el audiovisual de unas competencias hermenéuticas poderosas si quiere captar todo el juego de sentidos e intertextualidades que se le plantean.

Lo estético es el hilo conductor de todo el ensayo. García Rodríguez se queda, aderezada con una imagen de la tantas veces autorreferencial *El Ministerio del Tiempo*, con: “De las series, la belleza del trabajo en equipo, la muerte del autor, el adelgazamiento del yo, la reescritura. También la insoportable beldad del *showrunner*” (p. 20). El autor es capaz de capturar lo hermoso de cada título en una sola frase: “*MacGyver* y la belleza de la pretecnología. [...] *Modern Family* y la belleza de la familia estructuradamente desestructurada. [...] *Loui* y la belleza de la autoficción” (p. 65).

Los referentes audiovisuales y teóricos en toda la obra del profesor de la Universidad de Oviedo aparecen de nuevo en *Andarse por las tramas*. Uno es David Foster Wallace. García Rodríguez disecciona con todo lujo de detalle la relación entre la obra de Wallace *La broma infinita* y la muy exitosa adaptación televisiva de la novela *M*A*S*H*, sin olvidarse de la porosa frontera entre la realidad y ficción cuando el escritor norteamericano busca en *House* enfermedades con las que justificar su indisponibilidad profesional (pp. 43-51). El otro referente reside en el lúdico capítulo “La belleza de la violencia”, siguiendo el método crítico “apropiacionista” que ya propuso en “Lyrica®”: “este texto sea leído como una referencia a los contenidos básicos de la serie *Los Soprano*. Durante el proceso deben ir llenándose los huecos de indeterminación” (p. 69). El texto original es *La polvera* del blog de Teresa Lacierva y su contenido no es otro que un anuncio de láser –Soprano– depilatorio, con reseñas incluidas, reproduciendo incluso sus faltas de ortografía, en ejercicio de realismo digital.

Hay hueco también para la trastienda creativa. A ello obedece uno de los pasajes más humorísticos de *Andarse por las tramas*, “La belleza de la pasión catódica: vivir del Cueto” (pp. 35-42), una recreación de la conversación entre García Rodríguez y el directivo de la televisión Juan Cueto, que da cuenta de la muerte (¿o solo olvido?) de la mirada del autor de series, a pesar de que su huella esté indefectiblemente presente. El desaparecido periodista asturiano reivindica de la televisión que “este denostado invento es el único cuyas obras [...] proclaman a pecho descubierto el trabajo colectivo de sus creaciones” (p. 41). Se acuerda también de una viñeta, un “trampantojo”, de Max en *El País*, en la cual “el gurú del vertedero” tecnológico, “como un oráculo postindustrial”, aconseja al neófito que cambie la literatura por las series de televisión, reescribiendo los *Ensayos* como *Juego de Tronos* (pp. 85-86) no se sabe muy bien si como broma, consejo certero o esa venganza que eran las predicciones de la Pitonisa délfica.

Este no es un ensayo sobre literatura y series al uso, y por eso pueden encontrarse en él varios poemas. El carácter pragmático del Ragnar de *Vikingos* le facilita escribir “La belleza encerrada en lo que es útil” (pp. 55-57) y la bucólica infancia de *Verano azul* es el motor de la cuasi elegía “La vida iba en serie” (pp. 59-60). Toda la capacidad de síntesis del panorama seriéfilo de los últimos años queda recogida en “Inventario” (pp. 61-63). Como colofón poético, el autor recuerda la antología editada por Luna Miguel y Ana Santos Payán *Serial. Antología poética sobre series de televisión* (El Gaviero, 2014). Esta constituye: “Un estado de la cuestión [...] de temas, formas y estilos” (p. 75). Entre composiciones a *The Wire*, *Futurama* o *Los vigilantes de la playa*, García Rodríguez rescata su burlona aportación a la antología, sobre la Nellie Oleson de *La casa de la pradera* (pp. 79-82).

García Rodríguez finaliza con una ráfaga de titulares sobre la supuesta Edad de Oro de las series, en opinión de diversos productores y críticos, muy conscientes de la primacía cultural que goza este producto (p. 89). La coda, en línea con la transmedialidad y el ámbito natural de difusión y comentario del audiovisual contemporáneo, es una conversación de Whatsapp antológica, probablemente de un lector beta del ensayo, que deja claro lo difícil que es escapar de la mirada subjetiva al hacer crítica serializada: “Pero yo que nunca he sido dado a las series, noto dos lagunas gordas / *Los hombres de Paco* / *Manos a la obra* / y *Ay, señor, señor* / O sea, tres o cuatro / . [emoticono de persona vendada en la cabeza] / ¿*Ana y los siete?*” (p. 95).

Al concluir el volumen, el efecto es un claro *movere*: hacia la pantalla y hacia la biblioteca, sección estética. En suma, es un ensayo a lo Montaigne, conectado directamente con las preocupaciones cotidianas, pero con un toque orteguiano en el estilo culto, conciso y directo, trufado de erudición catódica como demuestra la retahíla enciclopédica del episodio “Belleza y crítica” (pp. 23-34). La relectura de cada capítulo, tan independiente en su propósito como interconectada en su propósito hedonista –en el sentido más noble de la filosofía griega– ofrece al público una mina de entretenimiento, un abrazo de nostalgia y un buen barniz de teoría de la literatura.

DANIEL LUMBRERAS MARTÍNEZ

Universidad de Oviedo

lumbrerasdaniel@uniovi.es